

## CAPITULO III

Combinación de los dos elementos.—La doctrina, sus pretensiones y su carácter.—Nueva autoridad de la razón en el gobierno de las cosas humanas.—Hasta aquí este gobierno pertenecía á la tradición.—Origen, naturaleza y valor de la preocupación hereditaria.—En que son legítimos, la costumbre, la religión y el Estado.—La razón clásica no puede situarse en este punto de vista.—Los títulos pasados y presentes de la tradición son desconocidos.—La razón emprende la tarea de destruirla.—Dos etapas en esta operación.—Primera etapa, Voltaire, Montesquieu, los deistas y los reformadores.—Lo que destruyen y lo que respetan.—Segunda etapa, el regreso á la naturaleza.—Diderot, de Holbach y los materialistas.—Teoría de la materia viviente y de la generación espontánea.—Moral del instinto animal y del interés bien entendido.—Rousseau y los espiritualistas.—Bondad original del hombre.—Error de la civilización.—Injusticia de la propiedad y de la sociedad.—Los guerrilleros del partido filosófico.—Naigeon, Sylvain Maréchal, Mably, Morelly.—Completo descrédito de la tradición y de las instituciones que de ella derivan.

### I

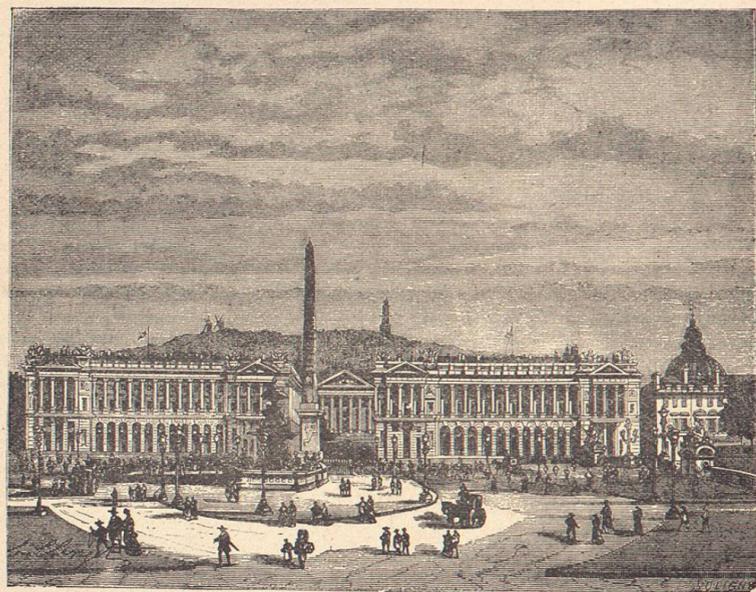
**E** la ciencia adquirida que hemos visto, elaborada por el espíritu que acabamos de describir, nació una doctrina que pareció una revolución, y que con este título pretendió el gobierno de los asuntos humanos. Hacia 1789, está admitido que se vive «en el siglo de las luces,» en «la edad de la razón,» que antes el género humano estaba en la infancia, que hoy se ha hecho «mayor de edad.» En fin, la verdad se ha hecho manifiesta, y por vez primera va á verse en la tierra su reinado. Su derecho es supremo puesto que es la verdad. Debe mandar á todos porque por su naturaleza es universal. A causa de estas dos creencias, la filosofía del siglo XVIII se parece á una religión, al puritanismo del siglo XVII, al mahometismo del siglo VII. El mismo ímpetu de fe, de esperanza y de entusiasmo, igual espíritu de propaganda y dominación, la misma rigidez, la misma intolerancia, la misma ambición de refundir el hombre y modelar toda la vida humana según un tipo previamente concebido. La nueva doctrina tendrá también sus doctores, sus

docmas, su catecismo popular, sus fanáticos, sus inquisidores y sus mártires. Hablará tan alto como los anteriores, como soberana legítima á la cual corresponde la dictadura por derecho de nacimiento y contra la cual toda resistencia es un crimen ó una locura. Pero difiere de las demás en que se impone en nombre de la *razón*, en vez de imponerse en nombre de Dios.

En efecto, la autoridad era nueva. Hasta entonces, en el gobierno de las acciones y de las opiniones humanas, la razón sólo había tenido una parte subordinada y pequeña. El impulso y la dirección provenían de otra parte; la creencia y la obediencia eran heredades, el hombre era cristiano y vasallo porque había nacido vasallo y cristiano. En torno de la naciente filosofía y de la razón que emprende su gran examen, hay leyes observadas, un poder reconocido, una religión reinante; en este edificio todas las piedras están en pié y cada piso se apoya en el anterior. ¿Pero cuál es el cimiento común y dónde se halla el primer fundamento? Todas estas reglas

civiles á que están sujetos los matrimonios, los testamentos, las sucesiones, los contratos, las propiedades y las personas, reglas extravagantes y á veces contradictorias ¿quién las autoriza? En primer lugar la costumbre inmemorial distinta según las provincias, el título de las tierras, la cualidad y la condición del individuo; después, la voluntad del rey que mandó escribir y sancionar la costumbre. A esta mis-

ma voluntad, á esta soberanía del príncipe, á este primer poder público ¿quién los autoriza? Primeramente una posesión de ocho siglos, un derecho hereditario semejante á aquel en virtud del cual cada uno goza de su dominio y de su tierra, una propiedad establecida en una familia y transmitida de heredero en heredero desde el primer fundador del Estado hasta su último sucesor viviente; luego la re-



París.—Plaza de la Concordia (antes Luís XV).—El guarda mueble y el Ministerio de Marina

ligión que manda á los hombres se sometan á los poderes establecidos. Esta religión, en fin, ¿quién la autoriza? En primer lugar una tradición de diez y ocho siglos, la inmensa serie de testimonios anteriores y acordes, la creencia continuada de las sesenta generaciones precedentes; después, en su origen; la presencia y las instrucciones de Jesucristo, luego más allá, desde el origen del mundo, el mandamiento y la palabra de Dios. Así, en todo el orden social y moral, el pasado justifica el presente; la antigüedad sirve de título, y si por debajo de estos basamentos consolidados por las edades, se busca en las profundidades subterráneas, la última piedra fundamental, se la encuentra en la voluntad divina. Durante todo el siglo XVII, esta teoría subsiste aún en el fondo de todas las almas en forma de costumbre fija y de respeto innato; no se la somete á examen. Se está ante ella como ante el corazón vivo del organismo huma-

no; en el momento de poner mano en él, se retrocede, conócese vagamente que de tocarlo, quizá dejara de latir. Los más independientes, y al frente de ellos Descartes, «sentirían profundamente» que se les confundiera con esos especuladores quiméricos, que en vez de seguir la carretera real abierta por el uso, se lanzan á ciegas y en línea recta «á través de las montañas y de los precipicios.» Cuando entregan sus creencias á las dudas del método, no sólo escéptúan y ponen á parte como en un santuario «las verdades de la fe» como se dice en el *Discurso del método*, sino que hasta el dogma que creen haber descartado, mora en su espíritu de una manera eficaz y latente para llevarles á su albedrío y hacer de su filosofía una preparación ó una confirmación del cristianismo. Cosa que puede verse en Descartes desde el segundo paso que da en la teoría del espíritu puro, idea de Dios, prueba de su existencia, ve-

racidad de nuestra inteligencia probada por la veracidad de Dios, etc. En resumen, en el siglo XVII, lo que sugiere las ideas generales ó madres es la fe, es la práctica, es el establecimiento religioso y político. Ya lo confiese ó ya lo ignore, la razón no es más que un subalterno, un orador, un obrero al que la religión y la monarquía hacen trabajar á sus órdenes. Excepción hecha de Lafontaine que en esto como en lo demás creo que es único, los más grandes y los más independientes, Pascal, Descartes, Bossuet, Labruyère, toman del régimen establecido

su concepto primero de la naturaleza, del hombre de la sociedad, del derecho, del gobierno. (1)

Mientras la razón se ciñe á este oficio, su obra es la de un consejero de Estado, de un predicador extraordinario que mandan como misionero sus superiores al departamento de la filosofía y la literatura. Lejos de destruir consolida; y en efecto, hasta la re-gencia, su principal ocupación consiste en hacer buenos cristianos y vasallos fieles.

Pero hé aquí que se truecan los papeles; desde la primera categoría la tradición desciende á la segun-



MONTLOSIER

da y de la segunda, sube la razón á la primera. Por una parte, la religión y la monarquía con sus excesos y sin razones en tiempo de Luís XIV, con su relajamiento y su insuficiencia, en tiempo de Luís XV derriban piedra á piedra el fondo de veneración hereditaria, y la obediencia filial que les servía de base y les sostenía en una región superior, por encima de toda discusión y de todo examen; por eso, de una manera insensible, la autoridad de la tradición decrece y desaparece. Por otra parte la ciencia con sus grandiosos y multiplicados descubrimientos, construye piedra tras piedra el fondo de confianza y diferencia universales que del estado de curiosidad interesante, la levanta á la categoría de poder público; de esta manera, gradualmente, la autoridad de la razón crece y lo invade todo. Llega un instante en que habiendo la segunda autoridad despojado á la primera, las ideas madres ó generales que la tradición se reservaba caen en poder de la razón. El

examen penetra en el santuario prohibido. En vez de inclinarse se comprueba, y la religión, el Estado, la ley, la costumbre, en una palabra, todos los órganos de la vida moral y de la vida práctica, van á someterse al análisis, para conservarse, rectificarse ó reemplazarse según la nueva doctrina prescriba.

## II

Nada mejor si la doctrina hubiese sido completa, y si la razón, instruída por la historia, convertida en crítica, se hubiese hallado en estado de comprender á la rival que reemplazaba. Porque entonces, en

(1) Pascal, *Pensamientos* (sobre el origen de la propiedad y de las clases) *Provinciales*, (sobre el homicidio y el derecho de matar). —Nicole, *Segundo tratado de la caridad y del amor propio* (sobre el hombre natural y el objeto de la sociedad) Bossuet, (*Política sacada de la Sagrada Escritura*). Labruyère, (de las almas fuertes).